

RESEÑAS

GERMÁN VARGAS GUILLÉN

Fenomenología del ser y del lenguaje.

Bogotá, Alejandría libros, 2003, 382 pp.

Juan Manuel Cuartas

Universidad del valle

¿Qué es esta deformación de lo más próximo? La atención que podamos dedicar a lo más próximo, nos moverá a declarar que SÍ hay filosofía en Colombia, que no tendría por qué ser este país precisamente un desierto para el pensamiento; y al declararlo estamos en condiciones de ilustrar de qué manera se mueven nuestros intereses por plantear preguntas apropiadas sobre los problemas que han dado ocasión a la filosofía en otras latitudes diferentes a la nuestra. Hemos ingresado, de la mano de la universalización del discurso, en la órbita del estudio y el análisis; durante las últimas décadas nos hemos aplicado juiciosamente al estudio de las obras de los filósofos más relevantes de la historia, tanto como a la de nuestros contemporáneos europeos, y en ese ofrecernos como resonadores, como traductores e intérpretes, hemos comprometido un ejercicio pedagógico que nos ha valido el no despreciable compromiso de mantener activo el pensamiento crítico en una sociedad que necesita formular preguntas válidas, que necesita acudir a las fuentes para avanzar respuestas y difundirlas, todo en el propósito de consolidar una cultura de la reflexión crítica, una cultura del análisis, la exégesis, la discusión y la apertura. Si a todo este juego de acciones no podemos llamarlo ‘filosofía’, sencillamente nos hemos vuelto inconsecuentes como pacientes anosognósicos que niegan partes de su cuerpo en beneficio de una imagen de carencia e inmadurez. Un tipo de problemática compleja se abre cuando no aceptamos la autonomía y la madurez necesarias para adelantar las tareas que reclama el tiempo que vivimos, para guiar a las nuevas generaciones hacia la construcción de una vida buena en la que la filosofía haya aportado el sentido principal, que se expresaría en nuestra comprensión de la situación del hombre en el mundo.

Casi podríamos afirmar, como lo hacen los poetas, que la filosofía (como la poesía) no está necesariamente en los libros, sino en el

testimonio y en la enseñanza de las cosas del mundo. Cuando la reflexión se ofrece como un tipo de trabajo común, allí la filosofía hace su aparición, y no hay fragmento de nuestra historia, de nuestra sociedad y nuestras culturas que no esté al margen de su revisión y observación crítica. De otra forma asumiríamos la realidad como un monolito impenetrable y los lenguajes que la movilizan como marco irrelevante desde el que brutales dogmatismos someten el diálogo, las formas de indagación y la dialéctica propia de todos los lenguajes. Cuando revisamos la bibliografía filosófica colombiana advertimos la existencia de un camino trazado a base de preguntas que deberían multiplicar nuestro interés por los problemas allí tratados, pero cuando ignoramos estos trabajos y sencillamente sentenciamos que no, que definitivamente no hay filosofía en Colombia, una sombra de ignorancia de lo más próximo corre por las aulas para castigar el atrevimiento de usar siquiera el término 'filosofía'. Si fueran así las cosas tampoco tendríamos física, ni matemática, ni ingeniería, ni arquitectura, ni arte, ni política, ni nada de nada, porque no tendríamos en ningún caso los merecimientos; se ve con claridad por tanto que la polémica es falsa, que cada lección de filosofía impartida en tierras colombianas es nuestra, cada reconstrucción del pensamiento antiguo o medieval es nuestro, cada frase y cada artículo, cuánto más cada libro, si hemos de ver en el libro el objeto arquitectónico de nuestra disciplina, con pórtico y columnas, exteriores e interiores. El panorama de acciones no es, por tanto, tan limitado como para declarar: "aquí no se ha hecho nada en filosofía"; estos juicios ya suenan sospechosos, una cortina de humo para enturbiar el ambiente y desvirtuar el compromiso de un número cada vez mayor de personas atentas a la filosofía. Lo que hacemos hoy en Colombia con el recurso de la filosofía tiene un horizonte propio que impone sus condiciones; y lo que estamos haciendo es, fundamentalmente, ofrecer la filosofía a los demás saberes para que exploren con sentido crítico sus propios presupuestos y procedimientos, para que mantengan abierta la pregunta por las teorías y por las esencias; todas las filosofías, por tanto, hacen su partida hoy en Colombia: filosofía política, del lenguaje, de la ciencia, del arte, pero también las nuevas filosofías de la mente, la religión, la cultura; y al decir que están presentes, lo están en las obras que podemos consultar y confrontar de autores colombianos. Por supuesto lo que decimos no le da una nacionalidad a la filosofía, como no debería dársela a los franceses o a los alemanes, lugares donde se hace exactamente lo mismo que aquí, cabe decir, se realizan seminarios, se discute, se dialoga con otros saberes, se mantiene viva la historia de la filosofía, se escriben libros, se publican revistas, en fin.

Cuando conseguimos advertir los méritos de lo que estamos haciendo, reclamamos la reconstrucción de una tradición en los mejores términos, valorando lo que con esfuerzo, dedicación y espíritu dialéctico hemos conseguido. No se trata de esperar indefinidamente el surgimiento de una obra paradigmática que transforme el pensamiento; hecho que de ocurrir no haría más que confirmar cómo los pasos dados anunciaban una formación determinante de nuestro pensamiento filosófico. “Hasta la más larga caminata empieza por un pequeño paso”, escribía Confucio; y la nuestra tiene ya el aliento de una marcha multitudinaria que reclama el derecho a plantear preguntas válidas sobre la identidad, los derechos civiles, la relación entre la mente y el cuerpo, la naturalización de la conciencia, los dogmas del empirismo y otros muchos asuntos que van apareciendo a medida que realizamos el ejercicio de leer a los autores clásicos y de discutir con sus comentaristas. ¿Ha alcanzado por tanto la filosofía en Colombia el espacio de representación necesario?, o ¿cómo concebiríamos un territorio social como el nuestro sin la intervención de la filosofía?, ¿qué rumbo tomarían las ciencias si carecieran del horizonte humano que les ofrece la filosofía? Decir que tenemos a la mano los elementos para responder estos delicados asuntos es el bandazo final sobre la presencia de una filosofía en Colombia.

109

He extendido deliberadamente el preámbulo, como si el interés fuera otro diferente a la apertura del libro *Fenomenología del ser y del lenguaje*, del profesor Germán Vargas Guillén, del sello editorial Alejandría libros, de Bogotá. El libro, lo sabemos, se impone como escritura; a este dictado de la cultura no puede escapar, y en el devenir de las ideas, el libro es texto que dialoga con otros textos. Tenemos en las manos este ejemplar, esta criatura verbal pidiéndonos que le entreguemos nuestro tiempo para ofrecernos él en cambio su sentido del ser, del lenguaje y de la fenomenología. Las voces que se eslabonan en el libro son la del filósofo alemán Edmund Husserl, la de nuestros filósofos Daniel Herrera Restrepo y Adolfo León Gómez y, por supuesto, la de Germán Vargas Guillén. Si fuera esto un conciliábulo en torno al gran Husserl, lo sería en función de la valoración del mismo ejercicio que él practicó: la filosofía como observación y descripción del mundo de la vida. Vayamos entonces al estudio del libro que ha reclamado de Vargas Guillén el mayor compromiso filosófico, permitiéndole realizar aportes a la aún incipiente bibliografía fenomenológica colombiana, donde consigue acercarse a los trabajos de filósofos tan paradigmáticos entre nosotros como Danilo Cruz Vélez, Daniel Herrera Restrepo y Guillermo Hoyos. Vargas Guillén, para comenzar, abre la fenomenología al tipo de reflexiones que reclama nuestra realidad académica, como en el capítulo VIII, ‘El hombre como perspectiva’, donde expone: “Es lícito buscar variantes al clásico, y de dudosa fecundidad, problema

del humanismo”¹⁵; y donde avanza la tesis: “*el peligro* es la estructura esencial de la autodeterminación del hombre”¹⁶.

Y bien, en *Fenomenología del ser y del lenguaje*, compuesto por ocho estudios y tres excursos, se parte de la obligada confrontación entre el ser y el conocer: fundamentación de la subjetividad por el lenguaje, expuesto en la tesis: “Si queremos pensar que somos, tenemos que comenzar por nombrarnos”¹⁷. En los estudios II, III y IV: ‘Hacia una ontología del lenguaje’; ‘Intuición, lenguaje e intencionalidad’ y ‘Juegos del lenguaje y mundo de la vida’, respectivamente, tras un trabajo de exégesis de algunos pasajes de las obras de Husserl y Wittgenstein, Vargas Guillén llega al asunto central planteando el lenguaje como instancia de objetivación de la experiencia mundano vital: “Un sentido —expone—, producido en un contexto lingüístico determinado, en tanto objetivación (lingüística) tiene la potencia de atravesar la frontera del ámbito en que aparece, emerge o se produce. El carácter lingüístico de un sentido lo convierte en traducible a distintos idiomas a aquel donde nace, sin que por ello pierda su fuerza y naturaleza originaria. El carácter lingüístico de cualquier producción objetivante de sentido hace de éste un elemento transculturizable. El mismo sentido puede ser re-producido infinitas veces en el medio lingüístico en que nace o en otros. El cumplimiento del sentido-proyecto, expresado y fijado lingüísticamente, se realiza en las formas vivas del lenguaje (*ídem*) en el modo habla (*sprachleib*)”¹⁸. Los demás estudios de *Fenomenología del ser y del lenguaje*, que podríamos considerar alternativos, aplicados a la ampliación de los márgenes de la fenomenología discuten entre otros asuntos las críticas de Husserl a la modernidad, el descentramiento del sujeto, la historia de las ideas; en cada uno de ellos el recurso es el diálogo con las ideas y los conceptos de Husserl, reconocido como fundador y baluarte de la fenomenología, cuya obra tarda aún en ser completamente difundida, anotada, comentada, parangonada y discutida; lo que apunta, en otras palabras, a un fértil campo de estudio para las generaciones de estudiantes que ingresen en la fenomenología de la mano de obras pedagógicamente concebidas como la del profesor Vargas Guillén. Queda abierta ahora la ocasión para degustar un café, que continúa siendo, sin desmedro de los rigores de la disciplina, la mejor de nuestras filosofías.

¹⁵ Germán VARGAS GUILLÉN. *Fenomenología del ser y del lenguaje*. Alejandría libros. Bogotá. 2003, p. 297.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 298.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 24.

¹⁸ *Ibíd.*, pp. 84-85.